



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Colegio de Letras Hispánicas

Destino inexorable: *El bordo* de Sergio Galindo

Tesina que para optar al grado de Licenciada en Lengua
y Literaturas Hispánicas presenta:

HAYDEE NÚÑEZ MARTÍNEZ



2007



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

* A mis padres, porque siempre han sido y serán los pilares que me sostienen. Mi razón de vivir.

* A mis hermanos:

Ana, ejemplo de perseverancia, empeño y valor. Compañera fiel.

Norma, Simón y Omar, sin cuyo apoyo hubiera sido difícil continuar.

* A Jesús S. Montero, cuyo ánimo infundió en mi ser el propósito de superación. Gracias por estar siempre en el momento exacto y por el ejemplo de coraje, alegría y sencillez.

* A todos mis amigos, quienes a través del tiempo compartido han permeado mi vida de ilusiones. Gracias por la confianza que me brindaron.

* A todos y cada uno de los maestros con los que compartí mi vida estudiantil. Agradezco particularmente a la asesora del presente trabajo, Dra. Marcela L. Palma. Su capacidad creativa, paciencia y sensibilidad hacia mi persona, alentaron mi dedicación y determinación de llevarlo a cabo. Mi respeto y afecto quedan en estas líneas.

A los otros miembros del jurado: Dr. Juan Coronado, Mtra. Esperanza Lara, Dra. Ma. de los Ángeles Adriana Ávila y Mtro. Jorge Gustavo Cantero; quedo agradecida por su inspirada enseñanza, así como por sus competentes comentarios que culminaron en el perfeccionamiento de la versión final.

* Y a Ti, naturalmente. Gracias por permitirme vivir.

ÍNDICE

	Pág.
1. Introducción	4
2. <i>El bordo</i>	11
2.1. Los personajes, recorrido por su interioridad	26
3. Conclusión	44
4. Anexo...	50
5. Bibliografía	52
6. Hemerografía	54

1. Introducción

Suelo medir los años de mis trabajos por los libros que escribí en el lapso de los mismos; así por ejemplo, mi primera etapa en la Editorial Veracruzana tuvo como resultado personal tres libros: *polvos de arroz*, *El bordo* y *La comparsa*, pues, aunque publicada en ese período, *La justicia de enero* la hice mientras fui becario del Centro Mexicano de Editores de 1955 a 56.¹

Sergio Galindo (2/9/1926-3/1/1993), escritor de prosa y ficción, editor y profesor, nació en Jalapa, Veracruz, lugar donde se desarrollan muchas de sus novelas. Estudió en la Universidad Nacional Autónoma de México y en Francia. Escribió su primera novela con la ayuda de una beca del Centro Mexicano de Escritores (1951-1956). Fungió como director y editor de la revista literaria mensual *La palabra y el hombre* a principios de los sesenta, y como director del Instituto Nacional de Bellas Artes (1971-1975). En 1984 le fue otorgado el Premio Nacional de Novela “Mariano Azuela” por el conjunto de su obra. En 1986 la asociación de autores norteros le concedió el Premio “Fuentes Mares”, ese mismo año recibió el Premio “Xavier Villaurrutia” por su novela *Otilia Rauda*.

Para entender la posición de Galindo en el esquema de la literatura mexicana contemporánea, sería útil situar su obra dentro de su contexto histórico. Se puede decir que el mundo literario a mediados del siglo XX en México es una fuente de contradicciones, una búsqueda constante de identidad y de técnicas, al igual que en el ámbito político. Lo que impera en el país es el ajuste de una nación en busca de solidez a través de diferentes medios como la democracia.

¹ *La palabra y el hombre*, Xalapa, Universidad Veracruzana, jul-dic. 1986, núms. 59-60. [Homenaje a Sergio Galindo].

La literatura de estos tiempos muestra esa persistente búsqueda. La generación de los Contemporáneos demostró que México puede ofrecer excelentes frutos en el ámbito cultural. Hay un gran auge con los trabajos de Novo, Pellicer, Torres Bodet, Reyes y Villaurrutia. La novela es abandonada un poco después de ser absorbida por el género de la Revolución. Los temas parecían haberse agotado y las nuevas generaciones parecían no interesarse por ella, género que exige tiempo y paciencia. Se atraían más por el ensayo, la lírica, el periodismo literario o el teatro. “Entre 1935 y 1955 aparecieron pocas novelas verdaderamente significativas. Entre ellas figurarían indudablemente *Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez, obra que, según John S. Brushwood, marca un punto divisorio entre la novela tradicional y la nueva novela”². A partir de los años cincuenta se produce un cambio decisivo, puede considerarse como un capítulo de esplendor en la historia de la narrativa de México. En la primera década del medio siglo aparece *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo, uno de los auténticos clásicos de la literatura mexicana, marca el adiós a una época. Si bien, como se sabe, Rulfo no volvió a publicar, su lectura se volvió un permanente ejercicio de libertad creadora tanto para los escritores hispanoamericanos como para los de su propio país, sin olvidar a quienes fueron sus discípulos directos en el Centro Mexicano de Escritores. Esta influencia que llegó a ser paralizante, congeló la imagen del cacique, padre de la aldea y de ésta como sustento primigenio de la nación. El realismo de la Revolución Mexicana, en franca descomposición desde los años cuarenta, queda clausurado en *Pedro Páramo*, novela mexicana del siglo. Por los mismos años, en 1958, aparece *La región más transparente* de Carlos Fuentes, mural novelístico que repasa y remodela medio siglo de historia mexicana.

² Connie García, *Técnicas narrativas en la novelística de Sergio Galindo*, pág. 17.

Arreola compiló en 1961 su *Confabulario total*³ y dos años después *La feria*. Con esta última demuestra que el llamado color local no estaba reñido con el juego textual, ni su ágil escucha de las voces populares contradecía la fineza de su estilo.

Entre Yáñez, Rulfo, Arreola, Revueltas y Carlos Fuentes se da a conocer en el medio siglo un grupo muy consistente de narradores que se vieron injustamente enviados a la sombra por la generación posterior.

Francisco Tario, Josefina Vicens, Rafael Bernal, Edmundo Valadés, Elena Garro, Jorge López Páez, Ricardo Garibay, Luis Spota, Rosario Castellanos, Sergio Galindo y Amparo Dávila constituyen una generación bastante compacta de narradores, gozaron de una libertad de imaginación novelesca ajena a las obligaciones morales y políticas que imponía el nacionalismo cultural. En su diversidad natural los une una serie de fenómenos, como la insistencia en la disolución de la utopía natural que veneraba lo campirano como memoria paradisíaca e intocable, el descubrimiento de la ciudad moderna, la legitimización definitiva del habla popular sin complejos ni imitaciones y las experiencias intertextuales que en los años sesenta llegarían a su esplendor.

Sergio Galindo está muy ligado a la generación del medio siglo, no sólo como escritor, “sino también como uno de los principales editores de la literatura mexicana”⁴. Perteneció a un conjunto de narradores que hicieron escuela para las nuevas generaciones. Junto con Sergio Pitol y Juan Vicente

³ En los años siguientes al primer *Confabulario* de 1952, Arreola escribió nuevos cuentos que añadió en las adiciones posteriores (*Confabulario total (1941-1961)* y *Confabulario*, en la edición de *Obras de J. J. Arreola*, Joaquín Mortiz, 1971) a los que llamó “Prosodias”.

⁴ Miguel Ángel Flores, “El adiós de los escritores que Sergio Galindo Impulsó como editor en los años 50”, en *Proceso*, México, 11 de enero, 1973, núm. 845, pág. 49. Citado por Sixto Rodríguez Hernández, “Sentido y técnica en *La justicia de enero*”, en *Miradas a la obra de Sergio Galindo*, pág. 20.

Melo forman una triada de figuras contemporáneas en las letras de Veracruz, ofrecen a sus lectores la factura de un magnífico quehacer literario.

Las dos primeras obras de Galindo, *Polvos de arroz* y *La justicia de enero*, se encuentran rodeadas de novelas que narran problemas sociales además de retomar la temática indigenista: *Donde crecen los tepozanes* (1947) de Miguel N. Lira, *El callado dolor de los tzotziles* (1948) de Ramón Rubín, *Juan Pérez Jolote* (1952) de Ricardo Pozas y *Los motivos de Caín* (1957) de José Revueltas, entre otras⁵.

Galindo gozó de una ilustre y fructífera carrera literaria, empezando con su primera colección de cuentos *La máquina vacía* (1951), *Un dios olvidado*, obra teatral en 1954, seguido por una serie de novelas, *Polvos de arroz* (1958), *La justicia de enero* (1959), *El bordo* (1960), *La comparsa* (1964), *Nudo* (1970), una colección de cuentos *¡Oh hermoso mundo!* (1975), *El hombre de los hongos* (1976), una colección de cuentos *Este laberinto de hombres* (1978), *Los dos Ángeles* (1984), *Declive* (1985), una colección de cuentos *Terciopelo violeta* (1985) y *Otilia Rauda* (1986).

Uno de sus méritos fue recrear la novela del interior, de la capital provinciana y su ritmo de vida, su propio uso del tiempo, su pulsión, sus atributos. En Galindo la provincia es ámbito de contención, matiza conductas e incluso precisa palabras, para servir de base a un propósito más ambicioso, pues “por medio de los caracteres de sus criaturas, en el entrelazamiento y la resolución de diversos destinos, trata de comunicarnos su concepción de la vida, del mundo”⁶. Transforma su ciudad en un lugar mítico, la contempla y describe con amor, con un halo de admiración. Llega a convertir sus particularidades en el personaje central de sus novelas: la niebla. Ésta aparece una y otra vez como

⁵ Connie García, Op Cit, pág 18.

⁶ *Juicios sumarios* I, pág. 37, citado por Federico Patán, *Contrapuntos*, pág. 62.

máscara, como ocultamiento del mundo concreto y simbolización de lo mismo en el mundo espiritual.

Como alguno de sus contemporáneos, Galindo hace aportaciones de valor a la narrativa de nuestro país porque el centro de sus obras, casi siempre, son las relaciones humanas; el embrollo emotivo de la comunicación, de la ausencia, las dificultades que son vencidas por el deseo, por la tenacidad o por el amor; los rencores familiares, las envidias y todo ese pandemonium, ese lugar donde reina el desorden de los conflictos humanos que no son liberados. En palabras de Brushwood:

Sergio Galindo es el mejor de los novelistas mexicanos que crean experiencias novelísticas utilizando la complicación de las relaciones humanas. Narra con serenidad y profunda preocupación humana. Su tono apagado, en efecto, contrasta con una intensidad más profunda hasta el punto de que, los momentos más emocionales de sus relatos dan en la exageración. En su caso, sin embargo, el término exageración es relativo, pues lo produce una profundidad de la emoción que a menudo no se comprende hasta que llega a la superficie. En *Polvos de arroz* (1958), Galindo [...] muestra cuán hábil es para el detalle y utiliza la observación para caracterizar. Lleva a cabo la interiorización más sutilmente que la mayoría de los autores, pues manipula hábilmente un escalón intermedio entre la narración en tercera persona y el monólogo interior en primera persona.⁷

Galindo elige la novela como su medio de expresión. Toma como material literaturizable aquellas experiencias que necesita transmitir a los demás. La peculiar configuración de sus novelas involucra una serie de correspondencias que en su estado primario son expresión de la coexistencia de dos conjuntos antagónicos: el mundo exterior y el mundo familiar. Los personajes se describen a través de sus sentimientos y acciones, la mayoría de ellos muestran un carácter medroso, pusilánime, inseguro. Ahonda en los seres humanos, insiste en la soledad y la vejez en contraste con la música y el baile, para

⁷ John S. Brushwood, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, pág. 71-72.

presentar a través de esa niebla simbólica que permea siempre sus textos, la condición humana, el paso del tiempo, de la vida.

A grandes rasgos, hay temas típicos en la novelística de Galindo, uno de ellos es el de la soledad más interna, con intentos de resolverla mediante la búsqueda de cariño; otro, el alcoholismo que los lleva hasta sus últimas consecuencias: la degradación física y moral. Aparece como modo de hacer disfrutable la existencia. Sin olvidar, subrayado por Alfredo Pavón e Ignacio Trejo⁸, el de la vejez y su unión con la muerte. Esto lo encontramos en un marco específico: la provincia, con sus personajes que en su cotidianidad representan el dramatismo de la insatisfacción.

En *El bordo*, novela que nos ocupa en este trabajo, nos da una visión del mundo: en el hombre existe el empeño de alcanzar la felicidad, pero un cúmulo de circunstancias lo va impidiendo. Hay un continuo juego de la voluntad personal con los azares de la vida, del ambiente que los rodea. Pero “nada puede modificar lo que va a suceder y cada uno va tejiendo la malla en la que al final van a atraparlo”⁹. El destino termina por imponerse.

El protagonista es símbolo de disputa contra esta limitación, por mencionar a alguno, vemos a Hugo (personaje de *El bordo*) intentando escapar de la fatalidad de su destino. Otro ejemplo, Otilia Rauda (*Otilia Rauda*) es vista con desaprobación por el pueblo, que rechaza su conducta conscientemente provocadora; ella no quiso ese papel de elemento subversivo que el pueblo le obligó a desempeñar. Pero ya en él, lo cumple de manera cabal. Son seres con un afán de liberación. Sus historias giran sin posibilidad de cambio.

⁸ Ignacio Trejo Fuentes, “La vejez en la obra de Sergio Galindo”, *Excélsior*, págs. 6-9, Alfredo Pavón, *El presente insoportable (Soliloquio de la solterona)*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1990.

⁹ Rosario Castellanos, “Un hombre en ascenso: Sergio Galindo”, en *La palabra y el hombre*, Revista de la Universidad Veracruzana, pág. 14.

En mi opinión, Galindo condena desde las primeras páginas a sus personajes, algunos luchan por liberarse mientras que otros lo aceptan con sumisión, todo depende del carácter de cada uno. Los personajes trágicos recorren su camino hasta las últimas consecuencias, aunque se muevan con dificultad dentro de una atmósfera asfixiante. Mueren, sí, algunos físicamente, pero con eso alcanzan la redención, mientras que otros mueren en vida como Camerina Rabasa (*Polvos de arroz*), porque no tienen lo que desean, no cumplen sus sueños, por ello evocan los fantasmas de sus seres queridos, porque tal vez desean la muerte, un claro ejemplo es el de doña Teresa (*El bordo*). Algunas personas no mueren cuando llega su muerte, sino desde mucho antes; su muerte física es una consecuencia natural, produce sólo una pequeña congoja que viene a cerrar un círculo.

En el siguiente análisis retomaré algunos temas; sin embargo, no quiero terminar este apartado sin subrayar que la novelística de Sergio Galindo es una obra maestra, cuyo contenido nos lleva a recordar cuan frágil es el ser humano.

2. *El bordo*

Los símbolos destruyen la razón cuando se adentra uno en la imagen de los sueños que se extiende por todas las regiones del alma: aquí está la vida y hay que recorrerla totalmente; montaña inaccesible o desierto sin límites –tal vez las dos circunstancias-, es algo que debe descifrarse, pero no te va a alcanzar el tiempo para hacerlo, te toca vivir, no analizar. Tortura es la vida, no hay más remedio... Soñar despierto, o en esa vigilia intuir lo oscuro que es lo verdadero, las luces son fuegos fatuos, ¡camina!, no pretendas contener tu ansiedad, déjala suelta.¹⁰

El bordo expone el tema de la fatalidad o el destino inexorable. Novela amarga, desgarradora, veraz. Relata la fundación y desintegración de la familia Coviella, fruto de la fusión entre lo español y lo mexicano en el matrimonio de una pareja de hermanos. Los españoles vienen a arraigarse a México: Joaquina y su esposo Luis Larragoitia –españoles- hacen fortuna en Veracruz, don Eusebio – hermano de Joaquina, se casa con Teresa que es mexicana- muere en México y aquí se quedan sus hijos. La relación familiar, con sus afectos y sus malos entendidos, sus proyectos, sus ilusiones y sus frustraciones van determinando la conducta de sus personajes.

La acción central se lleva a cabo entre las riñas de dos miembros de la familia. La pugna por el dominio entre Joaquina, la tía, y Hugo, el sobrino, sirve de hilo conductor de la obra. La relación que existe entre ellos es de amor, acompañado de odio. No es rencor como tal, es provocado por su vicio: el alcoholismo de Hugo, pues esto trae como consecuencia la desobligación y degradación tanto física como mental. Este sentimiento tiene su antecedente en la relación que existía entre ella y su padre, que también era alcohólico:

¹⁰ Sergio Galindo, *Los dos Ángeles*, pág. 106.

... podía soportar todo menos los ojos de su padre –esa mirada enrojecida, extraviada, repugnante-... odiaba su voz; sus órdenes o sus cantos de borracho... solía contemplarlo, le solazaba pensar que era despreciable, injusto, vicioso. Cuando destazaba un cerdo pensaba que igual grasa debía tener su padre en la papada, en esas mejillas redondas y rojas de tanto beber. Lo detestaba y un día cualquiera lo hubiera matado...

(*El bordo*, pág. 46)¹¹

Es como si su pasado estuviera latente, no sólo el padre era alcohólico, también Eusebio, hermano de Joaquina, y Hugo. El alcoholismo va muy ligado a la vida de los Coviella, es como un fantasma que cobra vida generación tras generación.

El castigo dirigido a suprimir los impulsos rebeldes, paradójicamente, estimulan a Hugo a seguir su destino: la exposición al riesgo como medio de desahogo. Esta relación obedece a un cariño no manifiesto. Hay detalles que nos muestran los verdaderos sentimientos de Joaquina hacia Hugo. Cuando éste viene a la casa con su esposa, Joaquina se pone un vestido negro de seda y también perfume: algo inaudito en ella. El resentimiento que nace en Joaquina es provocado por la impotencia que siente al ver que no puede dominar a Hugo. Se establece una lucha por el poder, ambos poseen el mismo temperamento y ninguno de los dos cederá ante el otro.

Parecía que Joaquina y él [Hugo] se buscaban, se perseguían dominados por una inaplazable necesidad de insultarse y herirse; como si hubiera llegado el momento de decidir quién de los dos era el amo.

(pág. 180)

Esto se debe a que la sociedad asigna a hombres y mujeres cualidades que asocian la fortaleza con la masculinidad y la debilidad con la feminidad. Sin embargo, la relación que mantiene Hugo y Joaquina diverge de esta intención.

¹¹ En las siguientes citas textuales que se tomen de la novela *El bordo* sólo voy a agregar el número de página.

Los hombres asociados a la debilidad no son hombres plenos, están enfermos: Ernesto Landero, Eusebio Coviella; o son alcohólicos: Eusebio Coviella, o el padre de Lorenza. Esta condición (enferma, bondadosa o alcohólica) mina su autoridad y los convierte en sujetos pasivos, pusilánimes. Se puede decir que la degradación de la figura paterna, producto del alcoholismo o de su falta de carácter, es un atributo que propicia un modelo de conducta diferente sobre la persona en la que recae el peso de la familia.

El rigor y la fuerza de carácter que ejerce Joaquina son elementos que intentan sustituir la imagen paterna. La dificultad para mostrar sus emociones se puede entender mejor debido a la niñez que tuvo en España. Ella era la mayor de las mujeres y desde los once años se convirtió en la sirvienta de la familia. Se casó para escapar de la vida que llevaba; pero el odio y la amargura que se sembraron en aquellos años nunca la dejaron. Es honesta y trabajadora, su fallo está en no poder comunicar sus sentimientos. Su amargura provoca el recelo de sus seres queridos. Ella ama profundamente a su familia, pero cada miembro representa algo que no pudo alcanzar, de esta lucha interior entre el amor y la envidia surge el conflicto que la destruye. Teresa tiene hijos, Lorenza es de origen aristocrático, sus dos sobrinos mantienen una profunda relación fraternal, Esther está en sus primeros meses de matrimonio. La tragedia es inevitable, el narrador va intensificando de manera gradual el sentimiento de angustia hasta que Hugo se mata y la unidad familiar se destruye, dejando un vacío absoluto en el corazón de Joaquina.

Un detalle importante es la constante niebla con la fría y nebulosa realidad que obliga a todos a estar en casa. Vemos la recreación de un paisaje fértil y fantasmagórico al mismo tiempo, con sus bosques, huertos, neblina y lluvia. Hay una relación entre la naturaleza y los seres humanos, el clima ayuda a

definir el carácter de los personajes, la neblina provoca que la casa sea una especie de cárcel. La casa pierde el valor de seguridad, calidez, placer, para transformarse en un recinto oscuro y frío que alarma a la conciencia por remitir a la memoria de los antes adorados familiares. Es la casa en Las Vigas, envuelta en la neblina, la que congrega al amor del fuego y del licor a la familia Coviella. La neblina no permite ver hacía afuera, ¿tal vez hacia adentro? La neblina empapa al texto.

La niebla era muy tupida (...) aquel paisaje húmedamente triste, un paisaje muerto, de un silencio y una inmensidad indestructibles; incapaz de comunicar alegría.

(pág.121)

Son presa de dos tipos de encierro: el primero es interno, están encarcelados en sí mismos, el otro es provocado por el clima. No muestran su interior. Joaquina sólo mostró sus sentimientos en los momentos que compartió con Lola Bárcena, ni siquiera con Luis Larragoitia, pues él, de cierto modo, la obligaba a ser algo que no era: “La obligaba a reír, a sentirse joven...” (pág. 99). La dureza de Joaquina es una fachada que se desmoronará por un momento a la muerte de su amiga Lola Bárcena. Se va a destruir de forma total a la muerte de Hugo. Ella se siente culpable por la muerte de su sobrino y se separa de todos los que quiere para no herirlos más, se consume en el remordimiento. La repentina muerte de Lola resucita el alma y las pasiones casi marchitas de Joaquina. Este es el momento exacto en el que se presenta la madeja de sentimientos de este personaje que en apariencia es incommovible.

La muerte viene a rescatarla del olvido, sólo ella es capaz de romper la monotonía, de desgarrar el interior de los sobrevivientes. Es el puente lógico donde se unen los proyectos de vida y a donde tarde o temprano llegamos

decaídos, gastados por el tiempo inclemente. Es una novela donde vida y muerte se entrelazan.

La muerte de Hugo y la carta que Lorenza envía a Joaquina encadenan el aparente fin de la historia que termina con su comienzo. Es una novela en espiral, la circularidad empieza con la muerte de Burgos, provocada por Hugo. Casi al final nos enteramos de que él, Hugo, muere de la misma manera que su padre, don Eusebio. Estos dos acontecimientos provocan que Esther se deslinde de la familia Coviella y que Lorenza disfrute de un ascenso social y económico. Lorenza es una mujer ambiciosa, hipócrita, fuerte; rasgos fieles a Joaquina. Es importante mencionar que estas dos mujeres son similares en el temperamento, pero Lorenza ama y ha formado una familia que la redime de la soledad en la que Joaquina se hunde. De igual forma, la diferencia entre Hugo Coviella y don Eusebio radica en el amor. El sentimiento que Esther profesa a Hugo nace en un momento en el que ella se siente vacía. Odia a su madre y desprecia a su padrastro. Ambos la han marginado; por esa razón ella ve a Hugo como una alternativa de cambio, mientras que don Eusebio fue amado desde el comienzo de su relación con doña Teresa, e incluso después de la muerte. El amor es el elemento que ampara o condena, es como la vida provinciana contrapuesta a la de la ciudad.

El aspecto más evidente de dicha circularidad son los dos hijos de Gabriel y Lorenza: Eusebio hijo es igual a su padre y a Eusebio Coviella, padre de Gabriel y abuelo de éste; mientras que en Hugo niño parece que se perpetuará Hugo Coviella, esposo de Esther y tío del pequeño, quien ha heredado los ojos azules de su abuelo. El final deja a la expectativa el carácter que pueda poseer dicho niño, tal vez sea un Coviella, o un Landero. Sabemos que el pequeño Eusebio tendrá una vida llena de comodidades, quizá sea un verdadero

Landero. Lorenza brinda el fruto “que une a tres generaciones y perpetúa la angustia existencial de estos seres condenados a vivir siempre al filo (no del agua sino del precipicio)”.¹²

El carácter de cada uno de los personajes es resultado del mundo u horizonte en el que se mueven; esto lo confirma el propio narrador al describirnos los momentos que pasaron las dos parejas en la playa: “Era curioso que el cambio de temperatura los hiciera tan distintos, tan alegres, tan exactamente ellos mismos” (pág. 124). Este breve escape al calor y al mar no va a cambiar la situación, pero sirve para darnos cuenta del ambiente tan asfixiante que se vive en la casa de los Coviella.

La niebla y el Bordo simbolizan lo indeterminado, es un espacio abierto a las desgracias, donde el ser humano puede ahondar sin término en sí mismo, es “un heraldo de la eternidad”¹³. Como lo afirma el narrador: “el Bordo ofrece un panorama alucinante, sin límites determinados, la neblina torna engañoso lo que un segundo antes era preciso”. Este lugar, con sus brumas y sus sombras, es ideal para señalarnos el carácter imprevisible de Hugo y lo engañoso de la relación que tiene con Esther. El Bordo no sólo es un paisaje, “Galindo lo ve como símbolo de lo no comprendido, lo vago, lo bello, un mundo capaz de superar toda lógica”¹⁴.

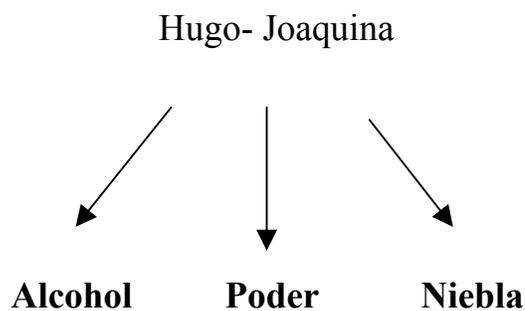
La relación de los personajes va de la mano con elementos incorpóreos que se vuelven fundamentales dentro de la novela, no sólo es la niebla, está presente el alcohol y el poder, elementos indispensables que se cierran para crear la triada en la que vemos actuar a los protagonistas. Mecanismo presente dentro de la narrativa de Galindo. Es una novela del poder, pero todas sus

¹² Nedda G. de Anhalt, “*El bordo*: ramillete de imágenes”, en: *Miradas a la obra de Sergio Galindo*, pág. 41.

¹³ Op Cit., pág. 66.

¹⁴ Vicente Francisco Torres, “La narrativa de Sergio Galindo”, en: “Sábado”, *Uno más uno*, 476, 22-11-198, pág. 1, 2.

páginas huelen a licor, nos cuentan los encuentros y desencuentros, las pláticas tensas, los combates por el dominio de una familia. Son elementos por los que se podría definir la obra. Veamos el siguiente esquema, en él se muestra que la vida de los personajes principales gira entorno de tres elementos incorpóreos:



Del mismo modo que la niebla nos puede llevar a un momento de interioridad, el alcohol también es el medio para acceder a otra dimensión, a un mirador dulce, hondo y comprensivo donde la vida es más que simplezas y amarguras. Asimismo, bajo los efectos del alcohol florece la envidia, el odio, el resentimiento y, a veces, el amor. El frío y la niebla se les impregnan, ellos tratan de huir, y el alcohol es el *sumum* de la evasión. Pero la evasión es una nueva trampa. No hay escape.

La relación que existe entre los personajes se repite con cierta lógica, como afirma Todorov:

Creemos... que, en toda narración, las relaciones entre los personajes pueden ser reducidas a un pequeño número y que esta red de relaciones tiene un papel fundamental en la estructura de la obra.¹⁵

Estos “predicados base” (amor, odio, poder, resentimiento...) describen las relaciones entre los personajes o, como los llama Bourneuf, agentes, con lo que predicados y personajes serían unidades que entrarían en combinaciones

¹⁵ Citado por Bourneuf, Roland en: *La novela*, pág. 52.

variables. Por ejemplo, Joaquina-Lorenza, agrupadas de acuerdo al temperamento de cada una, casi siempre están en competencia o hay intolerancia en alguna de las dos partes.

El anteponer a los personajes es un recurso muy utilizado por Sergio Galindo, el binomio del hermano mayor (Gabriel): pasivo, sólido; y el hermano menor (Hugo): inquieto y destructivo, son ejemplo de esta técnica. Es enfrentar a un personaje fuerte con otro más suave, pasivo. El binomio fuerte, está encarnado por Joaquina y Lorenza. El Binomio débil está personificado por Esther y su suegra, doña Teresa. Esta última vive arrullada por los rezos, envuelta en ritos religiosos. Ambas mujeres sufrirán el alcoholismo y el suicidio de sus esposos. El binomio natural lo conforman la niebla y el alcohol.

La aparición de este último binomio, de manera alternada, logra un enramado y una intriga constante en la trama, no sólo porque ambos elementos incorpóreos van dosificando los datos, enriqueciéndolos o modificándolos a cada instante, sino porque con los hechos o acciones que se suscitan en el momento en el que los personajes están bajo su efecto nos van trazando el interior de cada uno. Por ejemplo, lo frágil que es la relación de Hugo y Esther. Es así como el frío, la niebla y el alcohol nos van trazando sus aspiraciones, sus pasiones violentas e inquietudes. La neblina envuelve al texto de profundidad metafórica.

La acción se centra en Las Vigas, provincia doméstica e inquietante de Galindo.

Las Vigas es un universo terrible, de manifestación directa y desencarnada del combate interior de sus seres. Las Vigas tiene

mucho que decirle a sus habitantes, pero tal pareciera que ellos no saben o no quieren o no pueden escuchar.¹⁶

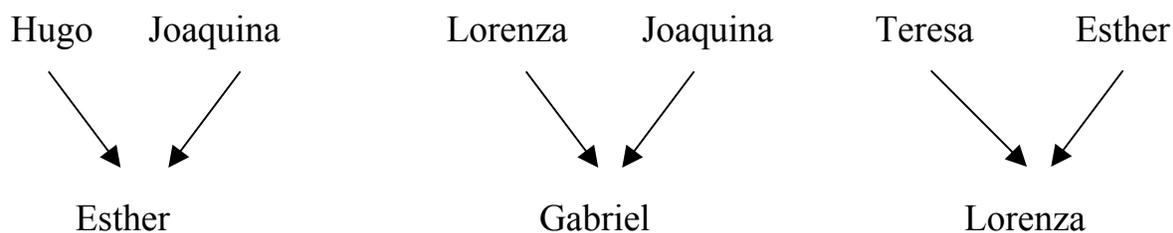
A pesar de la hermosura del paisaje, éste descubre un túnel que los aproxima a la muerte; vemos, por ejemplo, que Hugo no va a reaccionar, ha perdido su rumbo. Como afirma Nedda G. de Anhalt “la neblina (que ofrece el paisaje) es enigmáticamente satisfactoria, no le promete nada, pero Hugo ha vivido al filo de ella buscando algo que no ha encontrado. La niebla es su refugio...”¹⁷

Las Vigas, El Bordo, La casa de los Coviella se convierten en un fascinante itinerario que nos llevan del amor al odio, a la plenitud o al reencuentro de la vida en la muerte. La novela sugiere una relación entre el ánimo del personaje y el paisaje o lugar en el que se encuentre. A medida que el calor del verano cambia al frío, a la neblina del otoño, más desesperada se pone la situación. Domina entonces el monólogo interior, las continuas evocaciones, la soledad, la certidumbre –consciente o inconsciente- de la imposibilidad de comunicación, un cierto aire monótono, gris, creado por los rezos de doña Teresa.

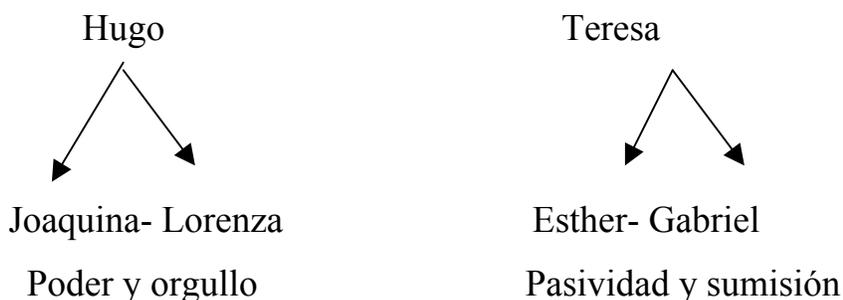
La historia provoca que los personajes se ligen a otra persona que sea capaz de ayudarles a fijar su vida a través de la relación con ellos mismos, pero la cadena de sucesos e instantes, en cuya continuidad se construye la forma de vida, siempre está abierta a un tercer integrante, capaz de modificar o balancear el entorno. Es como si esperaran a que algo o mejor dicho alguien llegue a cambiarles la vida. Se unen a otra persona, ésta a su vez sirve para dar equilibrio a la relación existente; esto se ejemplifica mejor con los siguientes esquemas:

¹⁶ Nedda G. de Anhalt, “*Otilia Rauda* en el cumpleaños de Sergio Galindo”, en: “Sábado”, Uno más uno, 476, 22-11-86, pág. 6.

¹⁷ Nedda G. de Anhalt, Op cit., pág. 61.



Hugo y Joaquina son binomio de reto y poder, pero Esther es inocencia y pasividad; Lorenza y Joaquina son binomio de orgullo y lucha, Gabriel es pasivo, tolerante; Teresa y Esther son binomio de temor, pero Lorenza no teme enfrentarse a la vida, pelea. En otras palabras, el tercer integrante es la contraparte de los binomios, es el que en cierta forma da equilibrio en cada relación. Cabe mencionar que estas triadas son mudables, forman triadas de igualdad:



Estas triadas se conforman para fines distintos, cuyo vaso comunicante es la protección y el poder. Cada relación nos informa de uno u otro como sobre sí mismo. Toda conducta es una respuesta dada a la imagen proyectada por otro; se puede decir que el diálogo y el monólogo interior a lo largo de toda la narración es lo que permite el conocimiento de cada personaje.

La boda de Hugo y Esther le da un cambio a la novela. Ella busca el calor de hogar, de tranquilidad, de una familia que pueda decir que es suya. Ambos

establecen una relación en la busca de cobijo, pero los dos están desamparados:

Sí, quería mucho a Hugo. Pero... una cosa había cambiado. De recién casada pensó que su marido la protegía de todo mal, que él sería su apoyo, su tranquilidad. No era así. Era ella el apoyo de él; era ella quien debía protegerlo...

(pág. 62)

Los dos se pierden; Hugo muere en el accidente y en Esther se marchitan sus sueños y esperanzas, tiene una muerte interna, es una mujer parecida a Camerina¹⁸, frágil e ingenua. Son personajes que no viven, se dejan arrastrar por su destino hasta las últimas consecuencias. Las dos vivieron dentro de núcleos familiares represivos, lo que les forjó una personalidad débil, caracterizada por la timidez, la pasividad y la incapacidad de emprender algún proyecto vital que no dependiera de la presencia de otro. Son mujeres que se sienten incapaces de alcanzar sus sueños; Camerina es una mujer marcada con el lastre de su fracaso como mujer. Es una mujer insegura y se encuentra atrapada en el qué dirán; miedosa de reconocer su cuerpo cuando la belleza de la juventud se ha esfumado. Esther busca un hombre que la conduzca por la vida, que la salve del laberinto incomprensible que es el mundo, pero elige a un hombre más débil que ella, más desprovisto de comprensión y consuelo. Se liga a otra persona porque no puede estar sola, Hugo es como un salvavidas, pero no hay amor en tal relación. Esther sólo deseaba escapar de la monotonía en la que estaba sumergida.

Hay frases que nos sirven de introducción, desde las primeras páginas de la novela, éstas nos dan su tono, su ritmo y parte de lo que nos va a contar la historia.

¹⁸ Protagonista de *Polvos de arroz*, Sergio Galindo.

Un sol indeciso iluminó la llegada de la nueva señora Coviella... Esther tuvo la primera imagen... a la derecha subían los cerros cubiertos de pasto; hacia la izquierda -en forma súbita y próxima terminaba la tierra: nacía la niebla... (Dice Hugo) -Allá donde ves la niebla es el Bordo... En esos últimos momentos que le faltaban para estar en el hogar de los Coviella, hubiera querido detener la marcha del auto....

(pág. 10)

Lo que dice Hugo a Esther es como una sentencia de lo que le espera en el Bordo. Es una metáfora de lo que será su vida en las Vigas. Es la invitación al peligro, a profundizar en un su interior; es como ver lo que está del otro lado.

Hugo se incrusta a su mujer, se pierden desde que ésta emprende el camino que la llevará al final de su vida: sentir que no existe y tomar la actitud de Teresa, su suegra.

- A veces me da la impresión de que los únicos que existen son Joaquina y Hugo, ¿y nosotros?
- ¡Óiganlos! Habitan siempre un mundo propio y pisan siempre la tierra. ¿Y nosotros? ¿Qué somos nosotros?
- Fantasmas –respondió Gabriel-...

(págs. 153-154)

Las dos toman una actitud similar, son personajes desprotegidos, vulnerables, Esther lo es mucho más que doña Teresa, quien encuentra refugio en la religión; sin olvidar que ella sí pudo dar vida a nuevos seres.

Cuando Hugo siente que le falta el apoyo que lo impulsa a seguir se refugia en el alcohol para tratar de sobrellevar su vida, para hacer más disfrutable su existencia, en él encuentra el rostro de la agresión, pero también el de la felicidad; vive dándole la cara a la muerte. Al final se pierde, se destruye. Este es uno de los aspectos más sombríos de la novelística galindiana: el alcoholismo, capaz de producir lagunas mentales, miedos, delirios, falsas esperanzas, hasta culminar en la muerte.

Entre ellos existe una felicidad aparente en la que se produce poco a poco una fisura nacida por la vida que lleva en Las Vigas, con la intervención de Lorenza, Cristóbal y el pequeño Eusebio.

Lorenza Landero forma parte de una familia burguesa caída en miseria, esto es lo que provoca que posea una fortaleza interior que la impulsa a alcanzar sus ambiciones. Igual que el fénix que renace de las cenizas, ella alcanza el abolengo de los Landero. Es entonces cuando se comprende el sentimiento que profesa a su tía Amelia: envidia. Ésta no tuvo que vivir la pobreza de la misma manera en la que la vivió Lorenza; viaja y se divierte con su propio dinero, sin necesidad de pedir nada.

La conversación que Lorenza tiene con Esther, en la que le revela el motivo por el que se casó con Gabriel, suscita que esta última se pregunte si en verdad ama a Hugo. Este cuestionamiento nace también del encuentro accidental que tiene con Cristóbal, peón de la hacienda de los Coviella, en el potrero. Se trata de una confusión:

- Mi vida... -avanzo a ciegas casi, vino el miedo.

Hugo no estaba allí.

- Soy yo, patrona –dijo Cristóbal a sus espaldas.

La sorpresa la enmudeció. Quiso sonreír, pronunciar cualquier disculpa o frase que la liberara del miedo y convirtiera la escena en algo trivial. Cristóbal la observaba fijamente, ansiosamente, y de pronto cerró la puerta y recargó su cuerpo en ella. Esther comprendió que estaba borracho. Pero en sus ojos, en su expresión no había amenaza, había una infinita súplica.

[...] - Su marido no está aquí... Están todos en el potrero. Usted está sola conmigo. Yo la quiero desde que me curó usted. Yo la quiero... la quiero.

(pág. 140)

Aunque Esther rechaza el acercamiento no deja de considerar su presencia como un peligro. Es el deseo, el sentimiento reprimido. El pequeño Eusebio es el símbolo de su frustrado deseo maternal.

Galindo va dotando a los personajes femeninos de cierta profundidad que los induce a moverse con pasos firmes dentro de la narración. En opinión de Vicente Francisco Torres:

Mientras los hombres, particularmente se definen por sus actos, las mujeres son quienes hacen la novela con sus recuerdos: Lorenza evoca su abolengo, su pobreza y la pérdida de la casona familiar; Esther recuerda el mundo caluroso y hostil de Cuernavaca, junto a su madre y a su padrastro; Joaquina rememora su desdichada infancia asturiana, su matrimonio, su amistad con Lola Bárcena. El padre de Hugo y Gabriel no existen en la realidad de la novela; (el primero) es sólo un recuerdo, por doña Teresa sabemos que se mató por manejar borracho.¹⁹

Son personajes, se podría decir, complejos, cargados de múltiples significados. Este aspecto no sólo lo encontramos en los personajes femeninos, también Hugo es un misterio. Se niega al sometimiento que impone Joaquina. Desafía la vida por medio de la irresponsabilidad. Se siente su sufrimiento, y el que provoca en los demás. Sin embargo, Gabriel no actúa, sólo se deja llevar; lo vemos durante toda la novela, pero no tiene voluntad propia.

Una de las virtudes que la crítica atribuye a la narrativa de Galindo es la caracterización de los conflictos humanos; nos presenta su interior, al aflorar se describen situaciones de frustración. El medio ambiente que encontramos en *El bordo* está cargado de angustia inevitable.

Esta última cita nos señala que en la novela existe un incesante flujo temporal que remite al pasado de los personajes. Este constante retroceso temporal asienta relaciones, propone vínculos, es decir, causas que nos explican la conducta de los personajes. En el caso del carácter, la debilidad o la fuerza radican en la infancia. En otras palabras, el relato empieza en “in media res”, todos los personajes tienen un pasado que vamos a conocer poco a poco, el

¹⁹ Vicente Francisco Torres, “Un escritor cosmopolita y regional”, en: *La palabra y el hombre*, Revista de la Universidad Veracruzana. Nueva época, julio-diciembre de 1986, pág. 260.

presente se nos va revelando conforme se avanza en la lectura. El relato comienza en tercera persona, pero el narrador nos hace notar su presencia, no se aleja, está tan ligado a los personajes que en ocasiones narra acciones que realizarán más adelante, incluso emite juicios. Da paso a una primera persona y asimismo al diálogo, las dos personas se van alternando hasta construir el mundo literario de Sergio Galindo; es decir, de Hugo, de Joaquina, de Esther, de Lorenza, entre otros.

2.1 Los personajes, recorrido por su interioridad

El bordo (1960), segunda novela importante de Galindo, nos conduce a ese paraíso vegetal que es Las Vigas y, de manera más específica, el Bordo. El amor a la tierra natal es el principio del placer del escritor. Los cerros y la fertilidad jalapeña aparecen con una presencia contundente:

Era una hermosa tarde de agosto, el viento perfumado de manzanas impregnaba la atmósfera de algo dulce y limpio, una luz dorada anegaba los pastos, el paisaje era de una sencillez incontaminable [...] la tarde usaba al viento para cantar su esplendor [...] (pág. 72)

Es su amada y obsesiva Jalapa. “En Las Vigas, un yacimiento de sensaciones cobra vida gracias al lenguaje en que nuestro escritor fue capaz de crear una atmósfera de dramatismo”²⁰. El drama se glorifica en las tonalidades del paisaje, es el destello de la naturaleza respecto a las relaciones humanas. Así, vemos la felicidad de las jóvenes parejas cuando se van a la playa o el ambiente tan tenso que se vive en la familia, en casa de los Coviella, después de una tarde o de un día lluvioso, cuando la bruma y el frío los obligan a permanecer en casa, pues “afuera está muy opaco, muy oscuro, [tanto que] parece que el mundo entero hubiera dejado de existir” (pág. 106). Estos son los momentos en los que:

el prolongado encierro a que estaban condenados por el mal tiempo provoca el llanto de Eusebio y la irritabilidad colectiva, palpable en la atmósfera, como prueba patente de la deficiencia de las relaciones humanas; deficiencia de la que, avergonzados, trataban a veces de liberarse con una ingrata improvisación de buen humor áspera y brevemente deshecha a la primera trivialidad.

(pág. 161)

²⁰ Nedda G. Anhalt, “En el cumpleaños de Sergio Galindo”, en “Sábado”, *Una más uno*, núm. 426, 22-11-86, pág. 5.

La niebla tiene una presencia contundente, a veces es cálida, dulce, tibia: “la niebla, esa caricia de niebla que es tibia a quien la quiere, vino a ella en mil besos de Hugo” (pág. 139); es envolvente y protectora que los penetra y une íntimamente. Otras veces es vista como un velo emblemático de opresión: “escuchó el silencio entre gota y gota; sintió –descubrió- la inmensidad de la neblina. Un mar de niebla; exactamente eso: un mar de niebla, un monstruoso mar sin límites” (pág. 137). La neblina puede levantar barreras entre el ser humano y la naturaleza, aun entre los seres humanos.

El Bordo es un paisaje enigmático, imagen infinita de peligro, es el desafío ante la muerte.

Galindo sabe que la imagen de un abismo, cercado de frío, oscuridad, y el vago rumor de una bruma silenciosa, pone al lector un una situación de angustia. La neblina reclama una entrega. Hugo quiere disolverse, literalmente dejarse embeber por ella. Esta neblina fría, inquieta, enigmáticamente satisfactoria, no le promete nada. Pero Hugo ha vivido al filo de ella buscando algo que no ha encontrado. La niebla es su refugio²¹.

El Bordo funciona como símbolo de peligro, es como estar en la orilla de un precipicio, de una situación extrema. Es decidir si uno salta a la aventura o el miedo que produce el abismo, la incertidumbre, hace retroceder. Hugo siempre está en el límite, en el bordo de su vida, exponiéndose al peligro; al final el suave velo que provoca la neblina logra envolverlo, El Bordo lo llama a cumplir con su destino. Enigmático lugar en el que se escondía “de todos... de él mismo si era necesario... Había en el ambiente, en su quietud, algo capaz de borrar los odios, las limitaciones, las miserias (...)” (págs. 83- 84). La magia del lugar logra envolver a Esther, allí siente la fortaleza que debía de acompañarla siempre, se siente capaz de vencer cualquier obstáculo:

²¹ Nedda G. de Anhalt, “El bordo, ramillete de imágenes”, en *Miradas a la obra de Sergio Galindo*, pág. 61.

Confusamente ella sintió que algo allí primordialmente y como salvación, ofrecía la posibilidad y aceptación del misterio religioso. Se sintió capaz de creer de nuevo en todo lo que por rehuir o negar había olvidado... Y puedo reconstruir todos los mitos del mundo (...) – Un mito para mí. Para nosotros. Sí, es cierto; debiste traerme antes... Esta niebla... Este lugar... este niño (...) Esther se movía muy lentamente: alucinada, fantasmal, ajena.²²

(pág. 84).

Ella es muy tranquila, pero Hugo no; en su continua búsqueda por encontrarle sentido a la vida no le importa arriesgarse constantemente:

Con Hugo la unía [a doña Teresa] estrechamente un continuo hilo de preocupaciones; desde pequeño había sido demasiado inquieto y ella había vivido pendiente de él, bajo la certidumbre de que un peligro acechaba: una vez, fractura de un tobillo al caer de un árbol; otro día la llamada de la Cruz Roja avisando que estaba herido –una riña a pedradas-. Otro día el salto aquel ante sus ojos. Joaquina le había ordenado hacer algo y él se negó a obedecer. “Hazlo o te azoto”, dijo Joaquina, estiró la mano para tomar el cinturón de cuero que estaba a su alcance, pero antes de que llegara a él, Hugo corrió hacia ella y le enterró los dientes en la mano.

(pág. 33)

Desde las primeras páginas vemos que Hugo tiene que cumplir el destino que le ha sido impuesto, su vida está ligada al peligro. Esta cita también nos sirve como ejemplo para ver la rivalidad existente entre Joaquina y éste, ninguno de los dos permite el dominio del otro. Hay un profundo sentimiento de angustia que acompaña a Hugo a lo largo de toda la novela, poco a poco se va intensificando hasta que muere.

El alcohol funciona como evasor. Hombres y mujeres beben, esencialmente, porque les gusta el efecto que produce el alcohol: calor y una falsa seguridad. La sensación es tan elusiva que no pueden discernir la diferencia entre lo verdadero y lo falso. Les parece que su vida es normal. Cuando no están bajo

²² Todos los subrayados son míos.

sus efectos son inquietos e irritables hasta que vuelven a experimentar la sensación de tranquilidad y bienestar que les produce el coñac. Hugo lo utiliza con este fin, desea escapar de la monotonía, de los pleitos con Joaquina, pero también para soportar el frío, para festejar, para sentirse feliz con lo que ha construido, para hacer más disfrutable su paso por la vida; sin embargo, la felicidad que brinda esta droga sólo dura unos momentos. Entonces la locura del alcohol regresa y vuelve a beber, le sirve para evadir sus responsabilidades, sus pensamientos. En otras palabras, él lo ve como único medio de acceder a la felicidad, pues han fallado las palabras, las caricias, o la esperanza:

Parece que todo el campo hubiera sido regado con coñac –dijo
Hugo-, que sólo del alcohol puede brotar tal alegría
(pág. 16)

En general, se puede decir que la niebla, el encierro y el alcohol hacen que los actos y los pensamientos se exacerben; las escenas eran cada vez más violentas, los insultos más hábiles e hirientes, provocados por el encierro a que se veían obligados. Es el mundo exterior oponiéndose al mundo interior, poniendo en juego las relaciones dialécticas entre uno y otro personaje. Lo que bien podía haber sido una lucha contra las inclemencias del lugar, enemigo externo, termina siendo una lucha familiar, una lucha con su interior, enemigo interno. La niebla habita tanto en el interior como en el exterior, los junta, y amurallados en sí mismos -no hay salvación para ninguno-, es decir, están encerrados en sí mismos:

Toda relación humana termina en eso: se habita una cárcel y uno debe destruirla o fugarse. Y claro, la vida es una interminable repetición de cárceles, pero entre una y otra puede uno esperar o gozar de un poco de felicidad. Estos minutos que valen por todo tan honda y aberrantemente, que uno reincide y se deja caer en la trampa una vez más²³.

²³ Sergio Galindo, *Nudo*, México, Joaquín Mortiz, 1970, pág. 28 (Serie el Volador).

Cárceles familiares, amorosas, las del paisaje que se multiplican, que aprisionan. El frío y la neblina calan hasta lo más profundo de su ser. Es como si en esta tierra tuviera un lugar preponderante la violencia familiar.

El escritor utiliza estrategias narrativas para crear un efecto de cámara de cine que nos permite conocer tanto el interior como el exterior de los personajes, sus fantasías y decepciones con respecto a lo que les rodea, los dota de un lenguaje simple pero elegante. Ellos, se definen ya sea por sus actos, sus pensamientos o los sucesos a los que son expuestos.

Galindo muestra que sus personajes están divididos por sus ambiciones y deseos, sufren y riñen con los demás y con ellos mismos, como en la vida misma. Cada uno ofrece un modo de entender la existencia; cada uno es distinto según quién lo mira, trazan su conducta de acuerdo con la persona situada enfrente. A lo largo de la novela vemos el entretreído de relaciones infecundas, regidas por la pasión ingobernable del poder, del alcohol y de la violencia, violencia que conduce finalmente a la muerte.

La niebla y el alcohol son símbolo contundente y preciso de la decadencia absoluta. El ambiente que se vive en la casa los enfrenta, los fortalece o los pierde. Pero en cierta forma los obliga a vivir. Son seres atados por odio y amor, por diferencias y afinidades.

Hugo es un ser a quien al parecer nada le falta, mas es acosado por una búsqueda interna que jamás consigue satisfacer, el vacío resultante lo conduce al suicidio. Vivió en una constante pelea con la muerte para encontrarle sentido a la vida. Busca desesperadamente definirse por medio de otras personas. Desea el interés y la aprobación de su esposa pero Esther no se percata de la necesidad que él tiene de reconocimiento, algo que Joaquina y doña Teresa le han negado. Al ver que su esposa no es la aliada fuerte que desea, empieza a

despreciarla, Esther busca la protección y consuelo de Joaquina, así traiciona a Hugo. Cuando ella comprende que debía ser el pilar de su matrimonio es demasiado tarde, Hugo muere.

Al tener una muerte física Hugo, en Esther se muere el anhelo de pertenecer a una familia, de ser dueña de un hogar. Esther tiene una muerte interior, su caída se debe a la inseguridad, dependencia y ansiedad de protección; una parte de ella nunca dejó de ser niña. Tal sentimiento tiene origen en la infancia, nunca sintió el calor de hogar, la protección que brinda el seno materno.

Su felicidad estaba circunscrita a las escasas caricias de su madre quien de pronto en vez de emplear esas horas anteriores a mimarla y hacerle preguntas y confidencias, se dedicó de lleno a hacer números, a hablar de utilidades como si el dinero fuese más importante que su hija. Una que otra noche, distraídamente, le decía una frase amable, la felicitaba por su actividad, le decía que se veía bonita con su delantal, y Esther, como si fuera un hueso el halago, roía y roía sus palabras, se repetía la frase y descubría en ella un velado cariño, tan grande, que no podía expresarse más que en esa forma nebulosa, esporádica.

(pág. 168).

En otras palabras, doña Esther, su mamá, vivía preocupada por las cuentas del hotel, por brindar un óptimo servicio a los huéspedes, por Hans Meyer – segundo esposo de ésta-, por su vida; aquel aislamiento al que la somete provoca que nazca en ella cierta debilidad o fuerza de carácter con profundas raíces. Teme al cambio, es asustadiza y cobarde. Al inicio de la novela, cuando va llegando a la tierra, a la casa de su esposo, teme enfrentarse con una realidad inédita:

Hugo volvió a acelerar bruscamente y Esther lo observó con inquietud. Ahora, en esos últimos momentos que faltaban para estar en el hogar de los Coviella, hubiera querido detener la marcha del auto. Sentía nacer dentro de ella una zozobra, casi un miedo.

(pág. 10)

El miedo a la confusión, a lo desconocido, al equívoco se convierte en temor a las alteraciones. Acostumbrada al calor de Cuernavaca, tiene que enfrentar el frío y las brumas de Las Vigas. Es una amante pasiva, vive sometida a los caprichos de su compañero. Hugo es rebelde. En este matrimonio sólo florecen la violencia, el desastre, el rencor y la necesidad imperiosa de consejo, de cariño, de comprensión.

Los dos olvidan que existir implica enfrentar los diferentes retos que nos ofrece la vida. Prefieren no pensar, se dejan conducir por su compañero, pero no se percatan que los dos están en igualdad de condición: solos y con un profundo sentimiento de vacío. Vivir implica ir escogiendo una u otra senda ignorando la desembocadura. Tal ignorancia provoca temor o dudas, ¿acaso sea más cómodo confiar en otros nuestra responsabilidad? El conflicto que enfrentan reside en cómo conducir su libertad.

Ella pide que el cuadro familiar configurado por el candor del hogar, del crepitar de los leños, no sufra alteración. “[Esther] pensó que así había sido ayer y antier y muchos días, y anheló que no hubiera alteraciones; no pedía sino eso: la contemplación adoradora de la felicidad que no podía expresar en palabras” (pág. 152). Olvida que la vida en familia no está exenta del dolor.

Es una mujer deseosa de atención, de cariño, busca sustituir la figura materna. Tras un disgusto con su marido, recibe los cuidados y atenciones de la familia, en especial de Joaquina, aunque comprende lo impropio de tal conducta y la traición implícita a su esposo, se solaza en la protección. Es incapaz de darle la protección y apoyo que él (Hugo) necesita, le es difícil desprenderse de sus propios anhelos. Es notorio que ella no buscaba un compañero-amante con el cual compartir las enormes posibilidades amorosas, posteriormente las despertará Cristóbal; aspiraba a refugiarse en un centro

familiar donde resurgiera la figura materna capaz de mimarla, halagarla, protegerla de las inclemencias de un tiempo cambiante. Es una mujer-niña desvalida:

Sintió la mano de Joaquina acariciándola, pidiendo también que se calmara, y aquello en vez de aliviarla provocó más llanto, la hizo más blanda al saberse protegida por esa mujer fuerte que la acariciaba con ternura. Se sintió la niña mimada que nunca había sido, y como niña se solazó en la atención general que despertaba, una atención, un cariño, que deseaba prolongar indefinidamente.

(pág. 180)

Aturdida contempla el derrumbe de un mundo, su mundo y no es capaz de evitarlo, no supo escuchar lo que pedía a gritos Hugo: “[...] necesitaba con urgencia ser feliz [...]” (pág. 177), motivo para aferrarse a la vida. Ninguno de los dos hace algo para conservar, afianzar y conquistar su matrimonio. Es el amor como condición de fuerza, de energía capaz de desafiar tiempo y espacio; es el amor como unidad perdida.

En *El bordo* hay una sensualidad apenas insinuada: “[...] el dril cubriendo los vellos de esas piernas que sabían tan hábil y dulcemente hacer un nudo con las suyas [...]” (pág. 152), “Esther sintió frío y se pegó más al cuerpo de su marido; se habían acostado desnudos y eso le daba una sensación de protección y felicidad” (pág. 20), son contados los ejemplos que insinúan erotismo.

Esther se muestra temerosa ante la sexualidad. En una ocasión ella recuerda que en Cuernavaca se fijaba en los cuerpos masculinos, esta remembranza la avergüenza. Su miedo se hace patente en la relación que guarda con Cristóbal, un peón. Él se queda embobado de ella después de haberlo curado en una ocasión. Esther va sintiendo culpa, miedo y malestar de complicidad al reconocer su interés en Cristóbal, símbolo de una virilidad abierta y sin complicaciones. Al reconocer que se ha fijado en los ojos negros de Cristóbal

tiene que reconocer su sensualidad, pero ella huye del pensamiento. Relaciona este sentimiento con su vida matrimonial, pero cuanto más insiste en su amor por su marido, más dudas le quedan. Esther es símbolo de represión, tanto en la sensualidad como en el anhelo de hogar, de familia, de ser protegida; ella es esterilidad, decepción... el amor abortado.

Esther es la contraparte de Joaquina, da equilibrio a la relación de poder, amor y odio que existe entre Hugo y Joaquina, puesto que ella es pasiva. Joaquina aparenta ser incommovible, pero el trágico fin de Hugo la afecta hasta lo más profundo, se cree culpable. Es una mujer dominante, abusiva en su autoridad hacia otros. La muerte inoportuna de su esposo la deja en condición de viuda joven y rica. Se interesa en los negocios monetarios de su esposo, es capaz de multiplicar su fortuna. Con el tiempo se aísla más y más en el mundo solitario del dinero y el poder, se niega no sólo el placer sensual de su cuerpo, sino también la maternidad. Sin embargo, la carcome la envidia cuando su cuñada Teresa da vida a dos nuevos seres: Gabriel y Hugo, es capaz de ofrecer dinero por este último. El dinero, en vez de acercarla, la separa de su familia, no se deja querer por sí misma. No es mala, su problema radica en la dificultad de mostrar su cariño, ama a su familia y a Hugo. Es dura: “señal de ira o de orgullo, a veces de desprecio”²⁴, pero eso no la convierte en un ser malvado, es capaz de amar. Ira, orgullo y desprecio anidan en el corazón de esta mujer.

Le guarda rencor a su padre por la debilidad que tenía al alcoholismo. Bajo los efectos de este vicio provocaba temor en su familia, aun en ella misma, mientras él adquiría dominio. No desea repetir este suceso en su vida y al ver

²⁴ Gastón Bachelard, *La tierra y los sueños de la voluntad*, México, FCE, 1994, pág. 77, citado por Nedda G. de Anhalt, “El bordo, ramillete de imágenes”, en *Miradas a la obra de Sergio Galindo*, pág. 43.

que Hugo hace lo mismo, se entabla entre los dos una lucha en la que apuestan la vida, es un juego del poder, del dominio:

Desde pequeño nos ha hecho sufrir con sus fugas... Siempre jugando a que se lo come el lobo. Nos ha dominado poco a poco ayudado por el miedo que sentimos cada vez que se va... Y él lo sabe bien, se solaza en ese miedo, en esa tortura... Así fue mi padre; así nos tuvo toda la vida. Yo [Joaquina] lo temía mucho y cada vez que me gritaba me ponía a temblar y me preguntaba, ¿qué cosa hice mal? ¿Qué se me olvidó?... Y él soltaba a reír cuando veía mi terror. Si nosotras dejamos que Hugo siga sus instintos será así, ¡nos dominará! Primero con el fraude de un supuesto peligro; con la angustia de la zozobra por si algo le ha ocurrido, luego, cuando vea que estamos rendidos, será como su abuelo ¡y eso no! ¡No se lo permitiré mientras viva! No debiste decirle que puse la casa a tu nombre porque ahora cree que es dueño de todo. Y no lo será, porque antes quemo esta casa y degüello a todos los animales y los dejo tirados hasta que se pudran.

(pág. 163)

Sabemos que quiere a Hugo como si fuera el hijo que nunca tuvo, por ello se siente culpable de la muerte de éste y se aleja de su familia. Es difícil entender que no hay manera de rehacer el pasado no obstante el sabernos ahora lo que fuimos, lo que hicimos. Y de la certeza de que vivimos un presente y de que éste no existe, deriva su pena, la eterna nostalgia por el ayer. Después de ser una mujer imponente, lo único que le queda es su dinero, una carta de Lorenza y un corazón lleno de nostalgia por el peso del ayer. Sufre una muerte espiritual, parece una estatua mirando pasar a la gente en las Ramblas de Barcelona.

En otras palabras, en su encarnizada lucha por el poder siente que el dinero es capaz de darle el cariño de su familia. La dureza de Joaquina se reblandece después de la muerte de su amiga. Obsequia a sus sobrinas políticas ciertas propiedades, pero ha sido guiada por la culpa. Olvida que ser generosa no sólo

implica dar cosas materiales, es, en mi opinión, brindar apoyo, respeto y saber escuchar -cosas que no lleva a cabo Joaquina-. Un claro ejemplo es la libertad económica que nunca les proporcionó. Se siente superior por tener poder económico. Es egoísta y envidiosa, desea lo que las otras mujeres tienen: el abolengo de Lorenza, los hijos de Teresa, la supuesta felicidad que goza Esther en sus primeros días de matrimonio. Ella misma, Joaquina, intenta convencerse de su superioridad a base de dinero y su piel blanquísima, mientras que Lorenza se defiende por medio de su abolengo intocable.

Se puede decir que envidia la alegría de la juventud, pues si fuese joven quizá cambiaría parte de su vida: tal vez tendría un hijo. Es evidente que en una vida en la que hay resentimientos profundos sólo puede desembocar en la infelicidad. Malgastó tiempo alimentando su rencor, horas de compañía que bien hubieran terminado de otra forma que no fuera riñendo con Hugo o con cualquier integrante de la familia.

Como se mencionó en páginas anteriores, Lorenza da circularidad a la novela, da vida a dos nuevos miembros de la familia: Eusebio y el pequeño Hugo -que es idéntico a Hugo su tío, pero heredó los ojos azules de su abuelo, don Eusebio-. La suerte está echada, Eusebio será un Landero y el pequeño Hugo tal vez un Coviella; Galindo nos deja bajo la expectativa del futuro de este último pequeño.

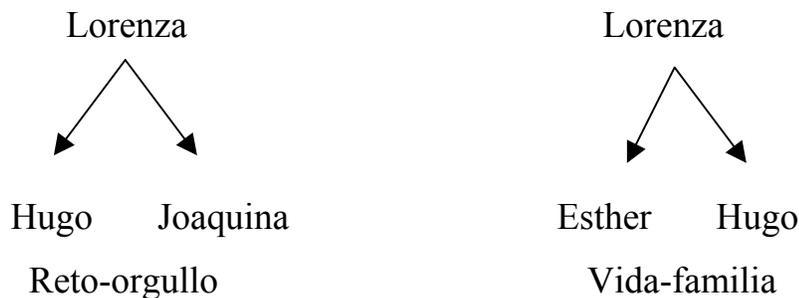
Lorenza ayuda a cumplir el destino que le ha sido impuesto a Hugo:

Quitó los ojos de ellos y los clavó en las teclas: vio a su Eusebio y supo que existía un peligro, que algo espantoso iba a suceder... Y ella debía seguir allí, calmada, calmándolos, sonriendo a pesar de que era su hijo quien estaba en peligro; pero la habitaba la convicción de que nada podía salvar, que el destino lo había preparado todo, que durante muchos años habían esperado estar en esa sala, atados por el miedo o por la incapacidad de evitar las tragedias, y que era ella quien debía lograr que el ciclo del destino

llegará a su fin, porque de cualquier modo, ellos (Esther, Hugo, ¡mi Eusebio!) estaban muy lejos, eran inalcanzables, intocables...
(pág. 188)

Sí: “El destino se impone sin conmisericación, es un camino que tiene forzosamente que recorrerse”²⁵, no puede cambiarse. Hugo asiste al cumplimiento fatal que le ha sido impuesto.

Lorenza trata de mediar entre los personajes que no se entienden: Hugo-Joaquina, Hugo-Esther, en la primera relación forma parte de una triada de reto y orgullo, como lo señala Marcela Palma²⁶, la segunda relación representa lo que Esther no pudo alcanzar, lo que hubiera salvado a Hugo: dar vida, crear una familia.



Lorenza, como las otras mujeres, se casa para alcanzar sus deseos, sus sueños: la casona familiar, el dinero, el poder: “Era obvio que en la decisión [elección de esposo] de Lorenza había pesado el dinero de los Coviella, pero Lorenza era una dama y había acabado por amar verdaderamente a su marido” (pág. 32). Ella es una Landero: “es decir, miembro de una de las familias más viejas de Jalapa, de las pocas que podían considerarse aristócratas. Una familia que se le conocía desde antes de la intervención francesa” (pág. 32). Sólo ella es capaz de defenderse contra las agresiones de Joaquina, son iguales. Pero

²⁵ Marcela Leticia Palma Basualdo, *Una pasión desgarrada. (Acercamiento a las novelas de Sergio Galindo: recreación y crítica)*, Tesis de Doctorado, pág. 125.

²⁶ Ídem, pág. 146.

Lorenza sí logra trascender, deja a un lado sus ambiciones para centrar su atención en lo que tiene: ha construido una familia en la que al parecer reina el amor. Algo que no pudo lograr Joaquina. Su recámara nos dice mucho de ella, es un mundo diferente al de la casa, símbolo de lo que desea; cuando las riñas entre Hugo y Joaquina la llevan al extremo, Lorenza escapa a su sala, a tocar Chopin y quedar rodeada del mundo refinado que mejor la define.

En su deseo por recuperar la grandeza de su familia pone en peligro su felicidad. Finalmente se da cuenta que debe luchar por su familia y no añorar su pasado.

No importa su casa. Le importa ese ser en sus entrañas: quizá más (¿o me habré olvidado de cuando iba a nacer Eusebio?) que el primero... Era sentirse dueña de una riqueza ignorada, como si alguien le hubiera devuelto una versión más auténtica de sí misma, un camino lleno de consecuencias lineales; debía pensar en el futuro nuevamente. Aceptaba la extinción de su pasado por la presencia de otro ser que venía a asentarla en esta época de la cual se había sentido desligada y ajena.

(pág. 158).

Lorenza y Gabriel forman el binomio de la redención, forman una familia sin tantos elementos negativos. Gabriel también sufre pero se sabe querido y respetado por su esposa. A lo largo de su matrimonio sospecha que Lorenza se casó con él por dinero, pero es capaz de aceptar, perdonar y sobrevivir. Se muestra un ser demasiado tolerante. Acepta con resignación la debilidad de su padre, pues no supo aconsejarlo respecto al futuro:

Mira hijo, si no quieres estudiar no estudies. Que no quieres ser doctor ni licenciado, pues bien, ¡no lo seas! – sin explicaciones ni consejos, sin permitirle tampoco que dijese por qué no deseaba estudiar-, “lo que hagas, cuando sea bueno, será bueno”.

(pág.145).

No recrimina nada a nadie, es un ser que a pesar de todas las contrariedades y tropiezos se entrega completamente a su esposa y a su bienestar. Sabe

perdonar, es demasiado bueno. Busca la felicidad, mejor dicho, se sabe feliz con lo que ha construido. Al lado de Lorenza forma un matrimonio en el que realmente se comprenden y se aceptan; se conocen tanto que él es capaz de saber que Lorenza no está bien después de haber tomado en exceso el día que escaparon a la playa, es decir, sabe el momento preciso en el que debe acudir a su auxilio, en el que debe ser su apoyo. Parecen comunicarse sin palabras.

Imperceptiblemente ella le hizo seña a Gabriel: un ligero agitar los dedos en una extraña llamada de auxilio. Primera vez que él (Gabriel) veía esa llamada y la comprendió de inmediato y se puso de pie y avanzó con ella como si se tratara de otra cosa; como si no fuera a vomitar.

(pág. 134)

Allí mismo Hugo le manifiesta a Esther que desea huir de Las Vigas, pero ella no lo entiende, no escucha la urgencia del mensaje, más tarde comprenderá que ese era el instante preciso en el que debía escapar. No supo entender las necesidades de su esposo. La comunicación y conocimiento entre las dos parejas es evidente, en esta última pareja fallan ambas cosas. Tal vez se deba a que los dos esperaban mucho de la otra persona: protección, apoyo para impulsar o fijarse en esta vida, pero a ambos les falta fuerza para cargar con la responsabilidad de otro.

Doña Teresa, al igual que Gabriel, forma parte de un binomio de pasividad, casi no la vemos actuar. Ella acepta a su esposo, Eusebio, con sus virtudes y defectos. Se casó por amor y aunque la corona española se oponía a esta unión, ella y su esposo tuvieron un matrimonio lleno de comprensión, amor y cariño. Al morir Eusebio ella se ensimisma, vive un enfermizo amor, una idolatría: “tenía el color de la cera, parecía un cirio deshaciéndose. Su fragilidad resultaba más notoria al lado de Joaquina que era alta y fuerte” (pág. 13). Es una mujer parecida a Esther, pero ella sí fue feliz en su matrimonio, mientras

que Esther no. Entre ambas se da una oposición: maternidad/esterilidad. Ambas quedan viudas, sus esposos se hunden en la bebida buscando amor y reconocimiento por parte de ellas, pero no son capaces de rescatarlos. Ni Esther ni doña Teresa ni Gabriel saben encarar la autoridad impositiva de Joaquina, son seres que no luchan por la obtención de lo deseado, pues ello implica una serie de responsabilidades; se abandonan al tiempo y aguardan la intervención de un sujeto externo que alcance para su satisfacción el objeto deseado. Aceptan la intervención si responde a sus pretensiones de vivir en un mundo feliz, equilibrado. Estas dos últimas mujeres sin querer se hacen cómplices de la destrucción de sus esposos. Esther se queda sin cumplir su sueño de maternidad y el de un hogar acogedor. Doña Teresa vive un presente ilusorio, no es capaz de apreciar lo que tiene en el presente; es una mujer débil que no escuchó que Hugo la necesitaba, no tomó el rol de madre. La imagen de ella es un tanto tenebrosa:

* Se miró en el gran espejo [doña Teresa]: parecía un cadáver o un fantasma, vestida toda de negro, con las cuentas del rosario pasando lentamente por sus dedos-. Hay que rezar, Alejandro, hay que ir a la iglesia. (pág.100).

* Se abotonó el vestido hasta el cuello y se observó: su pelo era ahora totalmente blanco. Su cara tenía el color de la cera, la piel cada vez más delgada se estiraba sobre sus huesos; solamente sus ojos conservaban un poco de luz... . (pág. 117).

Vive arrullada entre los rezos, pidiendo una tras otra vez la salvación de Eusebio. Es una mujer demasiado afectada por la muerte de su esposo. A Gabriel:

En cierto modo le hubiese gustado que su madre hubiese muerto años atrás para conservar únicamente el recuerdo de esa madre alegre que era antes. Una mujer que no tenía nada que ver con la actual: esta menuda imprecisa mujer de ropas negras que habla con los muertos, reza y camina en otro mundo. Esta mujer –

infinitamente buena-, que no puede entender nada de lo que sucede a su alrededor ni sentir los problemas de sus hijos (pág. 144).

No tenía en los labios más que oraciones. Es una mujer que nunca se recupera totalmente de la pérdida de su esposo, se siente incapaz de educar a sus hijos, sobre todo a Hugo, cuyo carácter rebelde escapa de sus posibilidades.

Por otra parte, Burgos es, en palabras de Marcela Palma, “igual que Eusebio niño y ambos son la concreción del interior inasible de Hugo. Burgos es compañía, felicidad, inocencia”²⁷. Burgos es su fiel amigo, el único de los perros que entra a la casa, es un integrante más de la familia Coviella. El perro es símbolo de amor incondicional; cualquier persona que haya tenido o tenga uno sabe que el cariño que nos demuestran está exento de rencores. Se les puede gritar, sacar de la casa o llegar a golpearlos, pero siempre van a estar allí, esperando ver a su dueño, haciendo fiestas después de horas de ausencia. Esta es la diferencia existente y palpable con las relaciones humanas. A Hugo y a Burgos los une un amor incondicional, por esa razón pienso que la muerte del dalmata anuncia, sin duda, la de su dueño. Hugo provoca la muerte de su fiel compañero, Burgos, y de esa forma morirá él, de manera trágica.

Resumiendo, el núcleo familiar está constituido por el padre, la madre y los hijos. El padre asume de manera inicial los roles clásicos: suministro de bienes materiales y alimenticios, protección y apoyo. Pero debido a su progresivo alcoholismo, abandona tales funciones y cae en un ser digno de conmiseración. La caída masculina provoca la intervención femenina, ésta asume el rol que en un principio le tocaría al padre. En este caso lo asume Joaquina. Los integrantes de la familia Coviella están bajo su protección y amparo económico. Hugo vive dividido entre la autoridad posesiva de la tía, quien al no poder comprarle, ha

²⁷ Marcela Leticia Palma Basualdo, Op Cit, pág. 153.

tratado de hacerle suyo dominándole, y la incapacidad de la madre de protegerle. La ausencia de sus padres le lástima el alma, pero certifica su inevitable muerte. Eusebio y Teresa son grises, son como fantasmas que deambulan dentro de la novela.

Tanto la familia como núcleo de protección, el alcoholismo y las relaciones cordiales con sus sirvientes son temas que reciben un trato particularmente intenso. Respecto a esto opina Galindo:

El mundo, son esas cosas que se te pegan. Siempre he tenido muy buena imagen de los sirvientes. Recuerdo nanas que me acompañaron por años y años, sirvientes que pasaron con mi familia casi toda su vida; otros que trabajaron con mi padre y que, ya muerto él, siguieron junto a nosotros. Son seres a los que les tuve gran cariño. Por otro lado, en casi todos mis libros he cuestionado los valores de la burguesía. Creo que no he hecho una loa de la burguesía, pero sí la he hecho a la familia [...] La familia como núcleo fue lo que me formó, el sitio donde empecé a conocer a los seres humanos, a sentir los premios, los castigos, sus traiciones y sus bondades²⁸.

Es decir, Galindo describe a la servidumbre como parte de la familia, son hasta cierto punto cómplices de las fechorías de sus patrones. Hugo parece ser un hombre alegre y encantador, amigo de todos aunque beba demasiado y tenga problemas con la tía Joaquina. No trata a los peones como tal, se nota una relación de igualdad entre patrón/trabajador, los consiente aunque Joaquina lo reprenda. Ella se enoja porque en lugar de dejarlos trabajar los invita a beber, como consecuencia descuidan sus quehaceres. Los peones -Alejandro, Lucio, Cristóbal, Francisco- son sus amigos, éstos para corresponder a su amistad después de su boda le regalan un mantel para la nueva señora Coviella y una

²⁸ “Otilia Rauda: la novela que he trabajado a lo largo de mi vida”, entrevista de Vicente Francisco Torres, *La palabra y el hombre. Homenaje a Sergio Galindo*, México, núm 59-60, julio-diciembre de 1986, pág. 139.

botella de coñac para festejar las recientes nupcias. Joaquina sabe que Hugo no será jamás un buen patrón. No sabe guardar su distancia, bebe y ríe con ellos.

Para concluir, Galindo contrapone a los personajes: uno ve en la vida del otro lo que a él le hace falta, proyecta hacia aquél sus alientos vitales. En su amarga crisis se encarniza con ellos y los empuja a situaciones más graves cada vez, donde su tormento se extrema. De este modo, vemos y podemos sentir el sufrimiento de Esther, de Joaquina y de Gabriel ante la muerte de Hugo. En *El bordo* las relaciones van del amor al odio, a la traición, a la violencia o al rencuentro de la vida en la muerte.

3. Conclusión.

Mundo femenino vs mundo masculino

Sería ambicioso reducir las características del universo literario de Galindo en este breve trabajo. Sin embargo, puedo señalar las que, a mi juicio, son esenciales dentro de la novela que nos ocupó en este análisis.

Galindo ha sido considerado un formador de personajes femeninos principalmente, pues en la mayoría de sus obras las mujeres poseen una fuerza de carácter extraordinaria, basta conocer a Otilia Rauda o a Joaquina y Lorenza. Estas mujeres son obstinadas, luchan contra la bruma y los hombres se dejan consumir por el clima, la fuerza es un espejismo, el gozo es legítimo pero incompetente porque la niebla se lo come todo y abandona cualquier relación coherente con lo concreto. Muestra con fascinación el complicado mundo femenino, casi no describe una problemática masculina.

La neblina, el alcohol y el encierro constituyen parte esencial de la novela, sirven como detonantes para que sus sentimientos y pasiones afloren. Vemos que el universo narrativo es gobernado por las mujeres, está sometido a sus sentimientos más íntimos. Las mujeres hacen la historia con sus recuerdos, las vemos actuar: Lorenza evoca su abolengo, la pobreza de su infancia, la muerte de su papá y al querer superar su pasado se mueve dentro de la novela; Esther recuerda el calor de Cuernavaca, la ausencia de una familia; Joaquina rememora su infancia en Asturias, su estéril matrimonio. Mientras que las pocas acciones de Gabriel se ven opacadas por las de su esposa Lorenza; Eusebio, papá de éste, no existe en la realidad de la novela, sólo es un recuerdo, sabemos que murió trágicamente en un accidente, que tenía un carácter muy noble y que gustaba del coñac, entre otras cosas. Era un hombre

“muy bueno, pero incapaz para este mundo” (pág. 27). El único personaje masculino que actúa es Hugo, sentimos su inconformidad con la vida, su constante lucha por escapar del destino que le ha sido impuesto.

Galindo dio a sus personajes femeninos un papel activo y provocador. Enfrentan conflictos con patrones culturales imperantes; por ejemplo, en *Otilia Rauda* Galindo va preparando el camino al lector hacia una sola escena, la del tenate, con Otilia bajando desnuda por la escalera. Otilia es un ser cargado de sexualidad, es una mujer esencialmente erótica, pero marcada por la tragedia, en el sentido de que su destino está anunciado. En otras palabras, *Otilia Rauda* es una historia de amor, pero de amor que se sale, que sobrepasa todos los caminos imaginados. Casada con Isidro Peña, un cobarde, pretencioso, mediocre y sin escrúpulos; Otilia pierde la capacidad de ser madre precisamente por él. Isidro suprime en ella un sueño anhelado, y la empuja a permanecer escindida entre Rubén Lazcano y Prudencio Montes. Lazcano es el fuego, la pasión, la aventura; demasiado tarde descubre que ama a Otilia. Prudencio es la ternura, la amistad, el compañerismo, pero en esta relación no se excluye el encuentro físico.

Otilia es la fuerza, no le preocupa ni por un momento la opinión de un pueblo que sólo ha sabido criticarla toda su vida. Poseedora de un rostro no tan hermoso, pero con un cuerpo que va unido a la lascivia, va a despertar el deseo sexual; es esa clase de mujer que no puede pasar inadvertida y por lo mismo provoca irritación y envidia en otras mujeres. Ella se sabe poseedora de esto y no se limita en alimentar sus placeres carnales. En ese ejercicio libre, transgresor que Otilia hace de su cuerpo radica la razón que la sociedad vigueña encuentra para mantenerla al margen: con un cuerpo de puta sólo se puede tener el destino de puta. Ella busca la felicidad, la posibilidad de amar.

Otilia es una mujer que lucha, que sabe someter; si tomamos estas últimas características sería parecida a Joaquina o a Lorenza, buscan alcanzar sus sueños, pero siempre hay algo que no se los permite.

Se puede decir que algunos patrones de conducta femenina se repetirán en otros personajes, como la fragilidad y el desamparo, o el sometimiento y la represión sobre otros personajes. Los hombres viven a la sombra de las mujeres: Gabriel y Eusebio son demasiado impositivos; Hugo es débil e indefenso. Esther forma parte de este grupo, es sumamente miedosa, en ella habita la soledad y una constante búsqueda de protección. Del mismo modo, doña Teresa es un ser frágil, opaco. Es cierto que Galindo ha creado mujeres inolvidables, pero la figura femenina oscila en dos extremos: mujeres de carácter fuerte y emprendedor como Otilia, Joaquina o Lorenza; o demasiado pasivas y temerosas como Teresa, Esther o Camerina. En mi opinión, sólo dos mujeres estarían en el punto medio: “la bruja” Genoveva y la mamá de Otilia, doña Crucecita. Ambas cuidan de Otilia, no son seres imponentes pero se defienden; sobreviven con lo que tienen, se adaptan al mundo que les toca vivir, viven. Es decir, Galindo supo dotar a los personajes femeninos de majestuosidad y temperamento. He hablado de estas mujeres por ser *El bordo*, *Polvos de arroz* y *Otilia Rauda* las novelas que más conozco.

Por otra parte, los personajes se nos muestran profundamente humanos: traumáticas infancias, lazos familiares destruidos por los vicios, angustia, soledad, entre otros. El narrador permite al lector penetrar en la interioridad de los personajes, tal vez por eso es inevitable hablar de ellos como si fueran de carne y hueso. *El bordo* es una novela en la que dentro de la gran violencia humana hay un amor incontenible y unas enormes ansias de ser amado.

El amor y muchas facetas juegan un papel importante en la trama. Del mismo modo, la ausencia física de la madre o la conducta agria del padre o la ausencia de él, los someten a castigos que determinan su vida y comportamiento de modo irreductible. Es decir, hay una predestinación de los personajes, que es más palpable en Hugo. Los vicios forman parte importante en la degradación de los personajes. El alcohol sirve para tratar de huir por un momento de los problemas, su efecto alucinante los lleva a creer que han recuperado la estabilidad que han perdido, no se percatan que este estado les provoca más contrariedades.

El escenario donde se desarrolla la trama va de lo grande a lo pequeño, a lo íntimo: es la Ciudad de México, Jalapa, Las Vigas, El Bordo, la casa Coviella. Galindo nos habla de los lugares que conoce, de los que le son familiares.

La novela deja un gran mensaje, que bien podría ser duro, sobre la vida y el hombre:

Tenemos que el ser humano es vulnerable, pues lo vemos a merced de su destino biológico, de su incertidumbre respecto al hado, e ignorante de la estructura final de su mundo. A ello no puede oponerse sino el amor, la compañía, el sentido del dolor y, acaso, la voluntad de morir en el punto deseado²⁹.

Galindo dio vida a personajes memorables como Otilia, Hugo, Joaquina, Camerina, etcétera, que, en mi opinión, se han ganado un lugar dentro de la literatura mexicana. Con mano presta creó personajes cuya vida resulta muy cercana, son demasiado humanos; es palpable el sufrimiento de Joaquina y Hugo durante las largas riñas, el dolor que les provocan las palabras, o el sufrimiento de Otilia al no poder reunirse con su amado Rubén Lazcano. A mí me cautivó la descripción de aquel lugar enigmático, cubierto por aquella neblina mágica que envolvió a Esther. Se puede decir que Galindo maneja con

²⁹ Federico Patán, “Nudo”, *La palabra y el hombre*, pág. 100.

tal precisión atmósfera, tiempo y lenguaje, en los cuales el lector, después de muchas lecturas, sigue descubriendo matices inesperados, sutilezas, tensiones, emociones que nos van a acompañar a lo largo de la lectura y que nos van a incitar a descubrir todo el vasto universo literario que construyó nuestro escritor.

Una de las mayores virtudes que Sergio Galindo tiene como narrados es la limpieza de visión. Escribió sobre temas donde la amargura, la desesperanza, el resquemor privan, pero subyace a tal escritura una capacidad de supervivencia notable. Y ello no tropieza con que algunos personajes se suiciden, o con que el mundo nos complique demasiado la existencia, aspectos que Galindo no elude. Al contrario son parte indispensable de su narrativa. Pero en Galindo no hay regodeo en la triste condición humana³⁰.

Este novelista ha seleccionado la tragedia para examinar las contradicciones personales y sociales. Se vislumbra en su obra una constante desaprobación del mundo que lo rodea, desea desenmascarar, desmitificar las “verdades sagradas” de la sociedad para luego provocar una constante revaloración por parte del lector. Por medio de una examinación cuidadosa del comportamiento humano, obliga al lector a enfrentarse con la avaricia, la hipocresía, el oportunismo y la venganza humana. De esta manera nos puede compartir percepciones basadas en un profundo conocimiento de la naturaleza humana y ayuda al lector a ligar el texto literario con el contexto social e histórico dentro del cual se ubica la novela. Utiliza un trasfondo histórico, político y social. Por ejemplo, la Revolución Mexicana (*Polvos de arroz*), La Segunda Guerra Mundial (*Nudo*), la guerra española y Tlatelolco (*Los dos Ángeles*), el movimiento estudiantil de 1968 (*Declive*) y la guerra de los cristeros (*Otilia Rauda*). En *El bordo* sólo se insinúan hechos sobre la guerra cristera, no está situada en esa época: en 1926

³⁰ Federico Patán, *Contrapuntos*, pág. 48.

se casaron, de manera clandestina, Eusebio (español) y Teresa (mexicana), la educación socialista –segunda mitad de los 30-, se evoca a los profesores que prohibían el uso de la palabra Dios y se les decía a los niños que los Santos Reyes eran un invento de los padres. Se puede decir que la literatura es uno de los mejores testimonios para seguir la historia.

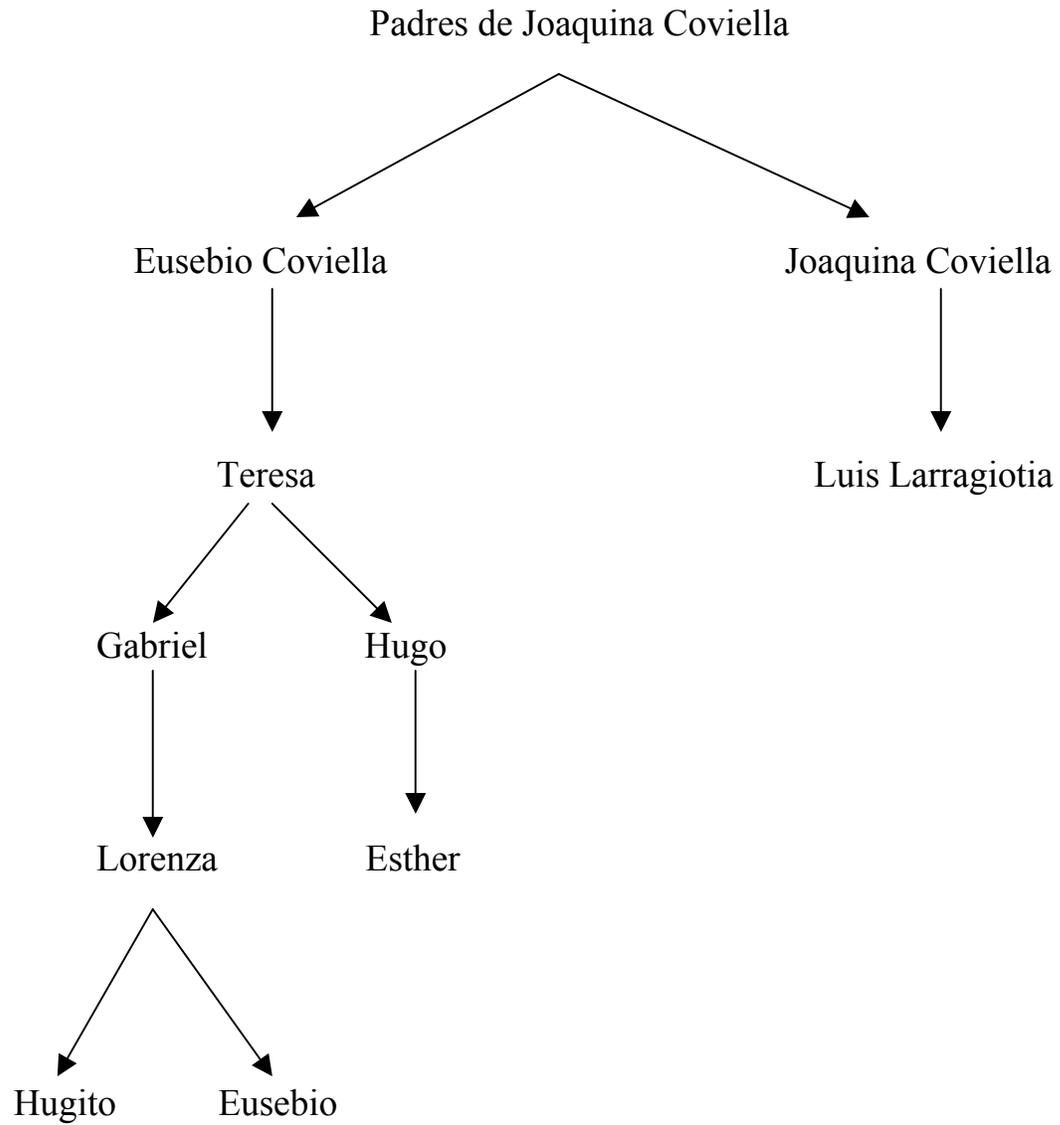
Esta narrativa se caracteriza por la particular habilidad para detectar y exponer agudamente flaquezas y contradicciones de la sociedad mexicana partiendo de sus más respetables instituciones (la familia), acontecimientos (la Revolución Mexicana, Tlatelolco) y clases sociales (la burguesía), a las cuales expone como inestables desde una perspectiva intimista. Su obra parece ser una respuesta al dolor siempre presente en el México contemporáneo, y por extensión, del mundo.

Sus obras parten de distintos exponentes sociales: una solterona obesa y mayor que desea casarse, un joven en busca de un amor que pueda dar razón a su vida, un emigrado español que trata de adaptarse a su nuevo país, una joven fea pero hermosa de cuerpo que rompe con las restricciones patriarcales para poder definirse. Todos buscan su identidad dentro de un espacio definido y un tiempo limitado en el presente aunque ligado con el pasado por medio del cual se descubren y se enfrentan, siempre buscando en el pasado una explicación al dolor presente.

Por medio de una engañosa sencillez narrativa el lector puede descubrir un mundo rico de sugerencias, un mundo familiar donde llega a conocer muchos personajes por medio de una intimidad humana compartida y bien lograda por técnicas narrativas que invitan a la contemplación del mundo novelístico.

4. Anexo

FAMILIA COVIELLA



BINOMIOS

Hugo _____ Joaquina = **Reto y poder**

Lorenza _____ Joaquina = **Orgullo y lucha**

Esther _____ Gabriel = **Inocencia y pasividad**

Teresa _____ Esther = **Temor y sumisión**

BIBLIOGRAFÍA DIRECTA

- NOVELAS -

GALINDO, Sergio, *Polvos de arroz*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1958, 110 págs. (Col. Ficción).

_____ *El Bordo*, México, FCE, 1960, 210 págs. (Col. Letras Mexicanas, 59); 2ª ed. (Col. Popular, 12) 1960; 3ª ed., 1971.

_____ *Los dos Ángeles*, 2ª ed., México, CONACULTA, 1991, 164 págs. (Col. Letras Mexicanas, 50).

_____ *Otilia Rauda*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2001, 322 págs. (Col. Ficción).

OBRAS CONSULTADAS.

ÁLVAREZ Casas, Concepción, "La imagen de la mujer en Otilia Rauda" en *La novela mexicana del siglo XX*, Coord. Vicente Francisco Torres, UAM, División de Ciencias Sociales y Humanidades, México, 2003, págs. 311-328 (Col. Tema y Variaciones de Literatura, 20).

AMORÓS, Andrés, *Introducción a la literatura*, 2ª ed., Madrid, Castalia, 1987, 238 págs.

_____ *Introducción a la novela contemporánea*, 9ª ed., Madrid, Cátedra, 1989, 258 págs.

ANHALT G., Nedda de, *Allá donde ves la neblina. Un acercamiento a la obra de Sergio Galindo*, México, UNAM, 1992, 126 págs.

BOURNEUF, Roland y Réal Ouellet, *La novela*, 3ª ed. Trad. Enric Sullá, Barcelona, Ariel, 1983, 284 págs.

BRUSHWOOD, Jonh S., *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, 2ª ed., trad. Francisco González Aramburu, México, FCE, 1992, 438 págs.

CARBALLO, Emmanuel, *Notas de un francotirador*, México, IPN, 1996, 284 págs.

CLANCIER, Anne, *Psicoanálisis. Literatura, crítica*, 2ª ed., trad. María José Arias, Madrid, Cátedra, 1979, 309 págs.

COOK Domeq, Brianda, *La obra literaria de Sergio Galindo*, (Tesis) México, UNAM, 1878, 230 págs.

CÓRDOBA, Ibn Hazm De, *El collar de la paloma. Tratado sobre el amor y los amantes*, Madrid, Alianza, 1981, págs. 9-26.

DOMÍNGUEZ Michel, Christopher, *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, México, FCE, 1991, 1394 págs.

GARCÍA, Connie, *Técnicas narrativas en la novelística de Sergio Galindo*, Madrid, Pliegos, 1994, págs. 240.

GONZÁLEZ, Alfonso, *Voces de la posmodernidad, seis narradores mexicanos contemporáneos*, México, UNAM, 1998, 171 págs. (Textos de difusión cultural, Serie diagonal).

MARTÍNEZ, José Luis, *Literatura mexicana del siglo XX. 1910-1949 (2ª parte guías bibliográficas)*, México, Antigua Librería de Robredo, 1950, 360 págs.

_____ Coord., *Miradas a la obra de Sergio Galindo*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1996, 248 págs.

OCAMPO M, Aurora, *Diccionario de escritores mexicanos del siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días. T. III (G)*, México, UNAM, 1993, XLVI, 371 págs.

ORTEGA Y GASSET, José, *Estudios sobre el amor*, 16ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1966, 220 págs.

PALMA Basualdo, Marcela Leticia, *Una pasión desgarrada (Acercamiento a las novelas de Sergio Galindo: recreación y crítica)*, (Tesis) México, UNAM, 2004, 190 págs.

PATÁN, Federico, *Contrapuntos*, México, UNAM, 1989, págs. 45-71 (Serie diagonal).

PAVÓN, Alfredo, *El presente insoportable (Soliloquio de la solterona)*,_Literatura y análisis a obras de Sergio Galindo, Rosario Castellanos, Juan Vicente Melo, Aline Petterson e Inés Arredondo, Ángel José Fernández, editor, Xalapa, Universidad Veracruzana, Instituto de investigaciones Lingüístico Literarias, Centro de investigación Humanística, 1990, 258 págs. (Manantial de arena).

PAZ, Octavio, *La llama doble. Amor y erotismo*, México, Seix Barral, 1993, 121 págs.

PIMENTEL, Luz Aurora, *El relato en perspectiva: estudio de teoría narrativa*, México, Siglo XXI, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1998, 191 págs.

PLATÓN, *El banquete*, México, Aguilar, 1962, 143 págs.

ROUGEMONT, Denis de, *Amor y Occidente*, trad. Ramón Xirau, México, CNCA, 1993, 356 págs.

TREJO Quintero, María del Rosario, *El primer paso hacia la consolidación de un estilo: La justicia de enero de Sergio Galindo*, (Tesina) México, UNAM, 47 págs.

HEMEROGRAFÍA

ANHALT G., Nedda de, “Los personajes de mis novelas los fabrico con mucha anticipación: Sergio Galindo”, en Uno más uno, X, 29 de junio, 1987, pág. 22.

_____ “No hubiera escrito *Declive* sin la rica y afortunada experiencia alcohólica que viví, dice Sergio Galindo”, en Uno más uno, X, núm. 3468, 1 de julio, 1987, pág. 25.

_____ “Asegura Sergio Galindo. Tengo ofertas del cine por tres de mis cuentos”, en Uno más uno, X, núm. 3470, 3 de julio, 1987, pág. 22.

_____ “*Otilia Rauda* en el cumpleaños de Sergio Galindo”, en Sábado, núm. 476, 22 de noviembre, 1986, págs. 5- 6.

BÁRCENAS, Ángel, “Reseña *El Bordo*”, en “Revista Mexicana de Cultura”, núm.962, 5 sep., 1965, pág. 15.

_____ “Un novelista de la vida interior”, en Suplemento Literario de El Nacional, 26 mar., 1967. (Comenta lectura de fragmentos de *Las Resurrecciones*).

CANTÚ, Martha, “Cualquier ser humano tiene algo que decirnos”, Entrevista con Sergio Galindo, en La Jornada de los libros, núm. 444, 28 de septiembre, 1987.

CHACÓN, Joaquín Armando, “Perfil y remembranza. El tiempo de Sergio Galindo”, en El Nacional, 64 (23, 048), abril 7, 1993, págs. 9-10.

DOMEQ, Brianda, "Homenaje a Sergio Galindo en Bellas Artes. Una historia secreta", en Excélsior, 13 junio.

GALLY, Héctor, "*Otilia Rauda* de Sergio Galindo", en Sábado, núm. 490, 21 de febrero, 1987, pág. 12.

GARCÍA-Junco Machado, Juan Manuel, "El proceso creador no está desligado de la cotidianeidad: Sergio Galindo" en Uno más uno, X, núm. 3323, 5 de febrero, 1987, pág. 23.

GONZÁLEZ, Omar, "*Otilia Rauda* de Sergio Galindo. El fondo de las venganzas", en Sábado, núm. 484, 27 de diciembre, 1986, pág. 13.

HERNÁNDEZ Viveros, Raúl, "Bibliomanía. Sergio Galindo: La consagración de un novelista", en Excélsior, La cultura al día, suplemento semanal: El Búho, núm. 109, 11 de noviembre, 1987, pág. 4.

"Homenaje a Sergio Galindo" (por sus 60 años), en Excélsior, 22 de septiembre, 1986, pág. 17 B.

"Homenaje a Sergio Galindo", en La palabra y el hombre, revista de la Universidad Veracruzana, Nueva Época, jul-dic, 1986, 183 págs. (núms. 59-60).

"Homenaje al escritor veracruzano a un año de su fallecimiento. Sergio Galindo mostró que la literatura es larga paciencia y aprendizaje incesante", en Uno más uno, 13 de enero, 1994, pág. 22

HOMERO, José, "Sergio Galindo, la infancia perdida", en Semanario Cultural de Novedades, XI, núm. 561, 17 de enero, 1993, págs. 2-3.

_____ "Sucesos de familia", en El Semanario Cultural de Novedades, XI (11), (530), 14 de junio, 1992, págs. 5,6.

_____ "Sergio Galindo: La imposibilidad de la dicha", en Dominical, Crónica, 4 (170), 2 de abril, 2000, págs. 12-13.

_____ "70 años del nacimiento de Sergio Galindo. La libertad en juicio", en Novedades, El semanario, XV, núm. 738, 9 de junio, 1996, págs. 1-2.

MEJÍA, Eduardo, "Homenaje a Sergio Galindo" en Sábado, núm. 355, 18 de agosto, 1984, pág.13.

PACHECO, Cristina, "25 años de una lucha creadora", entrevista con Sergio Galindo, en Siempre, 28 julio, 1982.

PATÁN Federico, "Sergio Galindo: *Los dos Ángeles*. Entereza y reciedumbre", en Sábado, núm. 357, 1 de septiembre, 1984, págs. 10-11.

RUIZ Abreu, Álvaro, "El sexo como lanza", en La jornada de los libros, núm. 111, 28 de febrero, 1987, págs. 6, 7.

TORRES, Vicente Francisco, "La narrativa de Sergio Galindo" en Sábado, núm. 476, 22 de noviembre, 1986, págs. 1, 3, 4.

_____ "Evolución constante de Sergio Galindo en 34 años", en Uno más uno, IX, núm. 3110, 9 de julio, 1986, pág. 24.

_____ "La cárcel, como laberinto interno: Sergio Galindo", en Uno más uno, IX, núm. 3116, 9 de julio, 1986, pág. 23.

_____ " *Otilia Rauda*, de Sergio Galindo. Erotismo y sociedad", en Sábado, 487, 31 de enero, 1987, pág. 15.

_____ "En el primer libro de Sergio Galindo, los niños dejan de creer en Dios y ya adultos arañan la fe", en Uno más uno, IX, núm. 3116, 9 de julio, 1986, pág. 22.

TREJO Fuentes, Ignacio, "La vejez en la obra de Sergio Galindo" (primera de tres partes), en Excélsior, Sección final y cultural, XLVIII, 24, 543, 1 de agosto, 1984, págs. 1, 6,4.

VÁZQUEZ, Jaime, "Sergio Galindo recibirá hoy el Premio Mariano Azuela: La literatura, uno de los mejores testimonios para seguir la historia; yo escribo la vida y la época", en Excélsior, Sección final y cultural, LXVIII, 24, 545, 3 de agosto, 1984, pág. 6.